

Princesas afrentadas, investigación y sopa caliente

Una vez le preguntaron al director de una de nuestras escuelas, por qué la Universidad de Costa Rica no seguía el ejemplo de la Universidad Nacional, y le pagaba cursos de redacción científica a sus investigadores. Muy sagazmente, él respondió que eso era casi imposible, pues para comenzar había que lograr que muchos de ellos aceptaran que no sabían escribir correctamente. Desgraciadamente, a muchos científicos ni siquiera nos pasa por la mente que no somos insuperables y por eso reaccionamos como princesas afrentadas cuando un crítico afirma que alguno de nuestros trabajos está mal redactado. Más frecuentemente, reaccionamos incorrectamente cuando se mencionan los múltiples errores en las figuras que acompañan a los manuscritos; parece que en los campos de fotografía e ilustración científica, los investigadores tercermundistas estamos especialmente mal preparados. Curiosamente, los científicos más sobresalientes que he conocido, son particularmente razonables al enfrentar la crítica editorial, seguramente porque ya han tenido duros encuentros con la realidad en el campo internacional (luego de acostumbrarse al problema del paternalismo local).

Precisamente considerando el poco fogueo típico en científicos de países en desarrollo, ha existido la tradición de que editores e imprentas vayan más allá del deber para hacer publicables textos y figuras. Cuando las nuevas limitaciones financieras ya no permiten dar estos servicios adicionales, sería de esperar la comprensión de quienes antes disfrutamos del tal vez inmerecido beneficio, pero a menudo no es ese el caso y exigimos como un derecho lo que no era más el fruto de la buena voluntad.

Releyendo viejos informes sobre el estado de la ciencia en Costa Rica, me parece que además de nuestra propia arrogancia, en los problemas de la investigación pesa mucho el pasado.

Hoy día sigo escuchando la tradicional crítica de que en Costa Rica no hay apoyo para el investigador y de que la burocracia que administra los proyectos es insufrible. Definitivamente, esa crítica es hoy mucho menos justificada que hace quince años y que tal vez sirve más bien como un pretexto cuando no estamos satisfechos de nuestra labor científica. Cuando niños, aprendimos a culpar de las quemaduras a la sopa demasiado caliente e incluso a castigar a los muebles con los que chocábamos en nuestros juegos. Ciertamente no aprendimos a aceptar que tenemos sentidos de sobra para medir la temperatura de la sopa antes de tragar una buena cucharada y de que éramos nosotros quienes descuidadamente golpeábamos a los muebles. En nuestra vida adulta, es fácil que nuestros compañeros ocupen el lugar de la sopa, y el sistema, el lugar de los muebles. Para muchos de nosotros, ya es hora de un examen de conciencia.